

coplita no tiene razón de ser, querido canario. Tenga Ud. buenos modelos y será Ud. persona recomendable. Pórtese bien, amigo, y le tiene cuenta; no desobedezca á sus padres para que dure mucho tiempo sobre la tierra. Porque le tenemos cierta compasión á Ud!, otro canario, le decimos todo esto. No lo olvide.

LE COMTE DE LA FÉRE.

ENTREVISTA del CORRESPONSAL EN CAMPAÑA del "NEW YORK HERALD" CON EL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

Correspondencia especial del "Herald."

Santa Ana, Provincia de Puerto Príncipe, Cuba, 13 de Agosto de 1896.—El personaje más interesante del mundo militar contemporáneo lo es indudablemente el General Máximo Gómez. Sus subordinados y simpatizadores tienen igual confianza en él que la que los franceses tenían en Napoleón. "Nada es imposible á Gómez," es un dicho corriente en Cuba, y no es esto de extrañar puesto que ha sido afortunado en todas sus empresas. Algunas veces háse visto obligado á retroceder, pero sus retiradas han traído invariablemente continuos desastres á las tropas españolas. Esta mañana le oí decir á un Teniente Coronel: "Cuando el viejo zorro retrocede, deja una emboscada en su rastro que suele ser más peligrosa que su carga."

Sus excentricidades son muy pronunciadas, y su personalidad destaca de manera notable.

Le fuí presentado por el Coronel Braulio Peña, denodado Jefe que por su valor y conocimientos ha llegado á captarse la estimación de Gómez.

La hora elegida, 11 de la mañana, inmediatamente después de almuerzo.—El General encontrábase sentado en una hamaca, colgada dentro de una tienda de campaña, de lona, leyendo un paquete de despachos, teniendo apoyado el brazo derecho en una pequeña mesa portátil. El piso de bajo de la hamaca encontrábase cubierto de yerba de guinea recién cortada.

Al acercarnos parece que no llamamos su atención, pues continuó leyendo sin levantar la vista. Pude examinarlo bien: de mediana estatura, musculoso, color cetrino, puede tener unos sesenta años poco más ó menos, pero evidenciando en todo su ser gran vitalidad.

La historia que ha corrido en la que se le presentaba enfermo pa-

decido de consunción, puede categóricamente desmentirse.

En su guerrera de hilo claro no tenía sino un solo signo de su rango: las dos estrellas doradas que usan los Mayores Generales en el cuello. Llevaba pantalones del mismo género, y debajo del chaleco, que tenía varios ojales desabrochados, veíase una camisa de flanela oscura bordada en seda de color.

—"¡General!", y Gómez volvióse hacia el Coronel Peña, dirigiendo una rápida é inteligente mirada sobre toda mi persona.

Una vez presentado al General en Jefe del Ejército rebelde, díjome éste: "Pláceme mucho el conocerle, sea V. más que bienvenido á Cuba, pues viene V. del país de nuestros amigos."

Hablando de la actitud de los Estados Unidos respecto de Cuba, y de la posibilidad de que el Presidente Cleveland reconociese la beligerancia de los insurgentes, díjome Gómez:

—"He prohibido estrictamente toda discusión sobre este asunto en el Campamento. Durante varias semanas estuvieron mis oficiales ansiosamente esperando recibir noticias de Washington, pero esto sólo constituía una pérdida de tiempo."

—Por mi parte, hace mucho tiempo que estoy convencido de que tenemos que combatir en esta guerra solos y sin ayuda.—Podemos obtener nuestra independencia mientras que el Ejecutivo de los Estados Unidos se encuentra aún considerando nuestra posible beligerancia.

"No tengo duda alguna respecto de las simpatías del pueblo americano, y tengo las mejores muestras de su buen deseo. Muchos americanos combaten á mis órdenes y puedo decir que los tengo en gran estima. El Jefe de nuestra artillería es un americano de Boston, y puedo asegurarle que no existe hombre más valiente."

—¿Cuanto tiempo cree V. que durará la guerra?, le pregunté.

—"Prefiero no aparecer como profeta, dejo eso al General Weyler," fué su respuesta.

—¿Tiene V. confianza en el éxito final?

—Tan seguro estoy de ello como que Cuba es una Isla, pero tengo que luchar y hacer la guerra á mi manera. Sé perfectamente que á nuestras fuerzas se las denomina "guerrillas," y muchas personas se maravillan de que no demos continuamente grandes batallas campales, pero debo

advertirle que estamos en esta guerra para ganar. Las municiones escasean algunas veces, pero creo que sé perfectamente el modo de usarlas en provecho nuestro. Cuba es enteramente nuestra. Verdad es que los españoles están posesionados de casi todos los puertos y de las principales ciudades del interior, pero en las últimas ya se encuentran bastante cansados. No los dejamos dormir mucho, y ahora trataremos también de que no coman."

[Concluirá.]

LA OPINION EN ESPAÑA.

El Nuevo Régimen, Madrid:—La gravedad de las circunstancias nos han perturbado el juicio. La guerra de Cuba, con sostenerla unos cuantos bandidos, según por aquí dicen los que se precian de patriotas, está dando al traste con la prudencia y seriedad necesarias en los momentos críticos. Todos nuestros males se los achacamos á los filibusteros; si un puñado de mujeres aragonesas se ven en la precisión de protestar, ya que los hombres no lo hacen, contra el envío de nuevos refuerzos á Cuba; si unos cuantos hombres se amotinan en Valencia; si algunos periódicos dudan de que obtengamos el éxito en la campaña emprendida; si alguien pretende dirigir al Parlamento una exposición solicitando que de cualquier modo se ponga fin á la guerra, si nuestros campos están yermos; si graniza, si truena; de todo, de todo echamos la responsabilidad sobre los cubanos. ¿Hemos perdido el seso? ¿Será posible que de tal manera nos ciegue la desgracia?

No; hay que tener calma y apreciar las cosas con imparcialidad. El conato de manifestación realizado hace quince días en Zaragoza y la manifestación llevada á cabo ocho después, son tan sólo chispazos de la opinión del país, á quien aún no se ha oído en el largo proceso de la guerra de Cuba. Aquí ha hablado ya todo el mundo, menos quien debía hablar. Han dicho su opinión senadores y diputados; el clero, el ejército, el gobierno, todos, menos el pueblo, que es quien paga y vierte su sangre y quien en definitiva impone su voluntad. El pueblo quiere que se acabe esa sangrienta campaña, y ya que nadie le consulta, habla como le es posible hablar, con hechos."

EN EL HOTEL PARIS

La comida en honor del señor Alsina

LOS INVITADOS.

Como lo habíamos anunciado, el sábado 15 del corriente se verificó en el Hotel París de esta capital, la comida con que obsequiaron al señor licenciado don Joaquín Alsina Espinosa, delegado de la Revolución cubana, los señores doctores don Francisco Dueñas, don Felipe Hernández, don Rafael Zaldívar hijo, don Fidel A. Novoa y don Carlos Dueñas, don Manuel A. Párraga y el director del Diario del Salvador.

A las 7 y 30 p. m. reuniéronse los invitados. El comedor estaba lujosamente decorado. Las banderas salvadoreña y cubana enlazadas, destacábanse en el fondo, bajo una inscripción que decía: ¡Viva Cuba Libre! Había flores en profusión y palmeras artísticamente colocadas.

Se encontraban en la mesa además de los obsequiantes, el señor Alsina y su Secretario el señor Chaves Milanés, los doctores don Tomás G. Palomo, don Guadalupe Ramírez, don Braulio Monterrosa, don Blas Barraza, don Juan Orozco, y los señores don Anselmo Valdés, don Francisco A. Gamboa, don Isidoro Silva L., don Roberto Alvarez, don Alejandro Miranda, don Eduardo Mena, don Aristides Arango, don Oliverio Quezada.

Impreso en elegante tarjeta, el menú ostentaba, en colores, las banderas del Salvador y Cuba unidas por un lazo y por la inscripción que decía: *Fraternidad americana.* El trabajo fué ejecutado con arte y primor en el taller de Dawson & C^o.

Hé aquí el contenido del menú:

Durante la comida tocaba escogidas piezas una brillante orquesta bajo la dirección del popular compositor y maestro salvadoreño don Manuel Montoya.

A los postres, ofreció la comida en nombre de los obsequiantes, el señor Hernández; y lo hizo con frase elegante, conceptuosa y oportuna.

Respondió el señor Alsina en términos que revelaban su agradecimiento por las muestras de cordiales simpatías que ha recibido en tierra salvadoreña.

Después propuso el señor Hernández un brindis por el "Diario del Salvador," por ser uno de los más sinceros propagandistas de la causa cubana. Ese brindis fué acogido con unánime entusiasmo.

Como epílogo de la fiesta, el señor Alsina Espinosa tuvo la galantería de mandar obsequiar con los tres grandes bouquets que adornaban la mesa del comedor, á las respetables señoras Antonia Orellana de Soto, Lupe Angulo de Párraga y Esperanza Arango de Gamboa, poniendo en cada ramillete su tarjeta con la dedicatoria.

A las once de la noche se levantaron de su asiento los comensales y